

# MIGUEL HERNÁNDEZ Y MARÍA ZAMBRANO: LECTURA DE UN POEMA Y UN ARTÍCULO

ALFONSO BERROCAL

Me dirijo a ustedes con el temor natural de alguien que no es especialista en Miguel Hernández. Mi propósito es hablar de su relación con María Zambrano, presentar los escritos que han quedado y que autorizan para hablar de tal relación y reflexionar hasta donde sea posible acerca de la importancia y el alcance que tiene para el pensamiento de María Zambrano la relación y el conocimiento con poetas como Miguel Hernández.

Si estoy, por tanto, hoy aquí lo debo a una feliz casualidad: haberme conocido una tarde en Santander, hace unos años, a Aitor Larrabide, a quien mi trabajo tanto debe y a quien quiero rendirle gratitud aprovechando mi presencia en este foro.

No son muchos los documentos directos que tenemos para fijar los términos de la relación entre Miguel Hernández y María Zambrano. Un poema escrito en 1934 dedicado a María Zambrano, “LA MORADA- amarilla”, y un artículo de la pensadora en el que habla del poeta, “Presencia de Miguel Hernández”, con fecha de 1977. Las cartas, siempre tan ilustrativas en esta clase de estudios, si existen no se han encontrado. Así que son ese poema y ese artículo los límites de nuestro espacio interpretativo del que habrá que apurar los indicios que pueden ofrecernos.

## “LA MORADA- amarilla”

En el año de 1934, Miguel Hernández viaja por tercera vez a Madrid. En el mes de julio comienza a publicarse en *Cruz y Raya* el auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, que se dará en tres entregas. Al mismo tiempo el poeta empieza a ser introducido en la tertulia de *Cruz y Raya* de la calle General Mitre, y en ese breve viaje a Madrid, va Miguel Hernández a tener el primer encuentro con una amistad fundamental, Pablo Neruda. Apenas unos días en Madrid para situarnos a un Miguel Hernández ya en el umbral de la recepción del Madrid literario. Es el umbral de su cuarto ciclo, por seguir la forma empleada por su último biógrafo (Ferris, 2002, 167-329). Ahí mismo, podemos encontrar la fecha de ese breve viaje, 19 de julio de 1934, del que regresará a Orihuela a principios del mes siguiente. Es en ese viaje en el que se encuentra también por primera vez con María Zambrano. Parece que Bergamín, fue

una vez más el mediador, y es posible que fuera en la propia tertulia de *Cruz y Raya*, frecuentada por Zambrano. Se trata de un viaje breve y por tanto han de ser breves también los nuevos encuentros, pequeña promesa de relación personal no sin la gran incertidumbre que genera el trato y la vida en la capital. Mientras, en Orihuela, la revista *El Gallo Crisis*, se prepara para dar muy pronto su segundo número, con fecha de agosto de 1934, “Virgen de Agosto” reza la portada. Ahí vamos a encontrar dos poemas de Miguel Hernández: “A María Santísima” y “LA MORADA-amarilla”, este último dedicado a María Zambrano. Antes de comentar el poema nos gustaría subrayar lo temprano que se produce esta dedicatoria. Ya hemos señalado la brevedad del viaje y la forzada fugacidad de los encuentros. No tenemos testimonio de dónde se vieron, ni cuánto tiempo hablaron, ni de qué. Cabe suponer, por la brevedad de la estancia, que se vieron una vez. Según la propia Zambrano, que no dice cuándo y cómo se conocieron, añade sin embargo que verse y *conocerse* fue todo uno (Zambrano, 1984, 164). El hecho es que unas semanas después de encontrarse con María Zambrano le dedica uno de los poemas que muy pronto verán la luz en la revista de Sijé. Definitiva y mutua debió ser aquella primera impresión como para ganar tan pronto el gesto de admiración o amistad que hay en la dedicatoria de todo poema.

“LA MORADA- amarilla” es un poema que hay que inscribir en el orden de las inquietudes religiosas de Miguel Hernández. En él vamos a encontrar toda la imagen de la Castilla metafísica:

(...)

Muy pobremente rica,  
muy tristemente bella,  
la tierra castellana ¿se dedica?  
a ser Castilla ¿ella?.

El desamparo cunde, -¡que copioso!-  
Al amparo -¡qué inmenso!- de la altura  
inacabable mapa de reposo,  
Sacramental llanura:  
De más la soledad y la hermosura

Pan y pan, vino y vino  
Dios y Dios, tierra y cielo,  
Enguizcando a las aves y al molino  
Pasa el aire de vuelo  
Sube la tierra al cielo paso a paso

Baja el cielo a la tierra de repente  
(un azul de llover cielo cencido  
bueno para marido):  
cereal y vinícola en el raso  
Dios al fin accidente  
hace en la viña y en las mieses nido

¡qué morada es Castilla!  
¡qué morada! de Dios ¡qué amarilla!  
¡qué solemne morada!  
de Dios la tierra arada, enamorada,  
la uva y verde la semilla

(...)

Páramo mondo, mondas majestades:  
Mondo cielo, luz monda, mondo olivo:  
Monda paz: y silencio mondo y vivo:

¡Soledad! ¡soledad de soledades!  
con una claridad a la redonda  
viuda, sola y monda.

¡No hay luz! mas aflictiva  
¡no hay soledad! más honda  
¡no hay angustia! más viva  
(...) (Hernández, 1934, 21-22)

Bastan estas estrofas para ver como el poeta participa de la mística del páramo y de las metáforas con sabor evangélico de la germinación y de los frutos. La Castilla a la que se refiere es La Mancha, morada amarilla y cereal de la presencia divina, paisaje metafísico que tuvo ocasión de contemplar desde el tren en sus viajes a Madrid. Hay una evidente lectura de la mística tras este poema que lo tiñe en términos como la morada, los contrarios amparo y desamparo, el matrimonio del cielo y la tierra, la viudedad de la tierra, la soledad ascética y demás formas parejas a la intuición de lo sagrado. Sin llegar a ser estrictamente panteísta, sí se aprecia el modo en que se atribuye a una fuente divina las fuerzas de la germinación, “Dios al fin accidente, hace en las viñas y en las mieses nido”. Dios no puede ser accidente, dirá un teólogo, pero lo que aquí se subraya esa fuerza transformadora de la naturaleza. El poema acaba con los versos “Y has de ser resumible ¡siempre! –Amiga-/ en un racimo, un cáliz y una espiga”.

El poema parte de una actitud contemplativa para llegar a una voluntad de comunión. Los elementos eucarísticos, el pan y el vino, aparecen de forma insistente “Pan y pan/ vino y vino/ Dios y Dios” y al final bajo sus símbolos del cáliz y la espiga. Voluntad de comunión con la tierra, con la amiga, con lo total.

Es claro que este poema pertenece al ciclo que hay entre *Perito en lunas* y *El rayo que no cesa*, al ciclo de su poesía religiosa. Si se debe a la influencia del ambiente oriolano, a la de Sijé en particular o a exclusivas inquietudes del poeta o a la conjunción de ambas cosas, es algo en que no nos detendremos ya que nos basta con subrayar esta voluntad de comunión y esta especie de solidaridad con la propia materia de la tierra, lo que hizo ver a Zambrano un creyente en él, creyente en el sentido más amplio posible de la palabra, como veremos más adelante.

## Presencia de Miguel Hernández

En el año en que está fechado el poema, 1934, Zambrano va a dar dos artículos que concentrarán no pocos aspectos del pensamiento que desarrollará después “Por qué se escribe” y “Hacia un saber sobre el alma”, ambos publicados en *Revista de Occidente*. Ejerce ya la docencia sustituyendo a Zubiri en la Universidad Central y desde el año 33 participa en las Misiones Pedagógicas. Por estos años también María Zambrano empieza a estrechar su amistad con poetas como Bergamín, Cernuda, Ramón Gaya, o Dieste, aspecto este al que no atienden demasiado los estudios zambranianos. Por supuesto, también con Hernández, en su casa del Conde de Barajas celebra una tertulia dominical a la que acuden jóvenes poetas e intelectuales.

El artículo que escribió muchos años después, “Presencia de Miguel Hernández” (Zambrano, 1984, 163-172) hace referencia a cómo Miguel Hernández frecuentaba la casa del Conde de Barajas, pero tiene para María Zambrano toda la fuerza del aparecer de aquel que aunque no hubiera sido poeta “seguiría siendo *el mismo*”. El aparecer de Hernández es para Zambrano presencia de las que acompañan siempre. Por el artículo, escrito en 1977, podemos deducir que la vida de Miguel Hernández no le era ajena a María Zambrano. Las referencias a *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*, así como la colaboración con José María de Cossío en la Enciclopedia Taurina, “un trabajo que no sé si le gustaba” –dirá- nos muestran cómo María Zambrano conocía los primeros pasos del poeta en la vida literaria madrileña. Así mismo el rechazo que empezaba a provocar el poeta de Orihuela en Federico García Lorca, “poeta prometido al ‘sacrificio’ en modo fulgurante, que experimentaba una especie de ‘alergia’ por su presencia personal” si bien añade que “Miguel acusaba la tristeza pero no la causa”.

Entre los años 35 y 36 la amistad entre el poeta y la pensadora debió alcanzar el momento máximo de confianza:

“Salíamos a pasear por aquellos lugares de la entrada de Madrid, cuesta abajo calle de Segovia para sentarnos algún rato en el puente o sobre alguna piedra a la entrada de la Casa de Campo, solos y como si estuviéramos abandonados. Por mi parte pasaba un momento extremadamente difícil y creo fuera ello lo que nos unió tan diáfananamente. Mas no solo contaba lo que de difícil tuvieran nuestras singulares situaciones, sino más todavía la amargura que brotaba de aquellos racimos de viña tan floreciente, porque el dolor se nos adelantaba ya (...) veneno y sierpe se daban a beber y a sentir. Y cierta estoy de que no éramos los únicos en sentirlo, digo únicamente que Miguel Hernández se acompañaba y me acompañaba más que nadie en ese sufrimiento. A pocos seres he visto sufrir así ‘cuando todo le iba bien’ (Zambrano, 1984, 165).

En buena medida hay que entender el pensamiento de María Zambrano desde el esfuerzo por devolver un estatuto ontológico a realidades humanas como el amor o la piedad, entendida esta como la entrega y el compartir la realidad del otro, del prójimo como propia y como un esfuerzo por comprender y acoger a cada ser según esa realidad. En este sentido, el pensamiento

no puede ir al margen de la vida, y esta forma de entender a los demás va a estar presente en este texto, como lo está en tantos otros.

Por otra parte, tampoco intenta Zambrano buscar elementos inspiradores de ternura o condescendencia a raíz de su físico rural o su oficio de pastor. Antes prefiere alejarse de el famoso mito del pastor-poeta: “Mas que fuera campesino u otra cosa afín no deja de ser una definición para salir del paso frente a una presencia tan inédita”. Ciertamente se referirá a él como el Pastor-poeta, pero con mayúscula. Heidegger, menos acreedor del pensamiento de Zambrano de lo que se suele pensar hablará del Pastor del ser, aquel capaz de volver a los seres a su sentido originario. Esto para Zambrano no puede ser otra cosa que el oficio del poeta. Y eso originario se le aparecerá en *presencia tan inédita* como la de Miguel Hernández, no en vano lo compara con la figura del indígena:

“Era el equivalente español del indio mexicano, peruano o chileno, el sufridor de siglos contados y de los que no se cuentan (...) Seres polvorientos, de polvo de la tierra y de polvo estelar que ellos no quieren quitarse de encima, hermanos de la tierra y del sol. Seres que al extinguirse se encienden. Por sí misma la presencia de César Vallejo se acerca a la de Miguel” (Zambrano, 1984, 166).

Resulta, cuando menos, inquietante esta comparación con César Vallejo. Miguel Hernández y Vallejo pudieron encontrarse en Valencia en 1937 en el Congreso de Intelectuales Antifascistas, o por lo menos María Zambrano -ya en España por esas fechas y en Valencia, formando parte del consejo de redacción de *Hora de España*-, pudo encontrarlos a los dos. No mucho después tendrá lugar el viaje a la Unión Soviética, a cuyo regreso tendrá lugar el último encuentro entre Miguel y María, esta encontrará al poeta “vuelto hacia dentro”, “enmudecido”, acaso hermético como un poema de Vallejo. También aparece César Vallejo, en aquel último número de *Hora de España*, que se quedó en una imprenta de Barcelona, y que significa para Zambrano el umbral del exilio. Últimos encuentros, últimos poemas, “seres que al extinguirse se encienden”, presencias que acompañan a partir de ese momento. ¿Son, acaso, recuerdos superpuestos de un tiempo del que el superviviente se ve imposibilitado de dar su crónica, de no poder hablar más que por la alusión? Acabemos ya de barajar indicios, tal vez sólo sea la plegaria del peruano al recordar a Miguel Hernández: *España, aparta de mí este cáliz*.

El amor tampoco le pasará desapercibido a María Zambrano al hablar de Miguel Hernández:

“Era uno de esos bienaventurados que tienen hambre sin avidez, y que aman sin afán de posesión, dispuestos a unirse únicamente. Y cuando de asuntos sociales y políticos se trata, a unirse sin sumarse: no pueden ser sumados ni adherentes. El amor o la soledad sin refugio alguno. Amor o soledad, amor en soledad también, a pie descalzo por la vía unitiva. Camino estrecho entre zarzas reflejamente ardientes aunque sea de noche”.

En el siguiente párrafo dice: “Estaba ya casado. No, no lo estaba todavía. Le sentía sollozar por la por la esposa que había quedado en el pueblo con sus padres”.

Si separamos esta líneas de la cita es porque merecen un comentario. En el mecano-escrito que se conserva en la Fundación María Zambrano, y que es el original de este artículo con las correcciones últimas se lee escrito a mano al hilo de la frase “No, no lo estaba todavía [más ante mí sí que lo estaba]”. No parece muy sustanciosa la corrección pero si tenemos en cuenta lo citado anteriormente y que líneas más arriba dirá “Y así tenía figura de esposo. De aquel que ha ido siempre hacia la boda como forma inmediata de unión” (Zambrano, 1984, 167). Podemos suponer que nos está dando una manera de interpretar al hombre y acaso también su obra.

Oye bien quién reconozca un eco místico en esta manera de hablar de esposos y bodas. Ya se ha sugerido, para María Zambrano Miguel Hernández es uno de los seres elegidos a entregarse por amor y así nos lo dibuja. Podemos observar en apenas estas líneas diversos modos de aludir. Por un lado nos encontramos ante el hombre que ama una mujer (Miguel Hernández y Josefina Manresa), pero es también según el texto citado, por amor por lo que se compromete políticamente, y subrayemos nosotros el modo en que lo hace (voluntario del 5º Regimiento). Al decir “aquel que ha ido siempre hacia la boda como forma inmediata de unión” vemos que el hombre que ama una mujer o empuña un arma se ha filtrado hacia algo más completo, hacia una manera de relacionarse con el mundo y de entenderlo, hacia la obra que no es solamente los poemas de amor, sino el modo de establecer una relación nupcial con el mundo, con la naturaleza, con los seres que habitan sus poemas. Relación nupcial con el mundo o voluntad de comunión que decíamos a propósito de “LA MORADA- amarilla”. Es pues, en esta forma de amor, en ese hambre insaciable más no ávida, donde María Zambrano ve la raíz entera de Miguel Hernández, de su hombre y su poeta, si es que bajo este manera de verlo pueden separarse ambas cosas. No en vano, al recordar Zambrano “LA MORADA- amarilla” dirá: “Y temo que al ser leído sin la presencia viva de su autor, no transmita aquella ansia de comunión, aquella incesante, imperativa necesidad de eucaristía compartida” Y es que para Zambrano, bien esposo o soldado, Miguel Hernández solo podía ser poeta, del que a juzgar por el texto y por lo dicho sería muy separar de él al hombre.

Esta unidad de hombre y obra será lo que lleve a Zambrano a llamarle “creyente”:

“Un creyente en la comunión que se da también por la palabra. Parecía usarla por primera vez o como si la hubiera recobrado. Su poesía delata una especie de deslumbramiento ante la palabra que en él, heredero de tantos silencios, se abría. Debíó de ser una maravilla, una pura maravilla su descubrimiento de los clásicos españoles de la llamada época barroca, en la amistad fraterna con Ramón Sijé, esplendoroso talento lleno de lucidez que se dejó llevar a esa especie de identificación entre el esplendor barroco con su cerrada unidad y la plenitud del catolicismo” (Zambrano, 1984, 169).

Dos juicios muy distintos se entrecruzan aquí, uno casi de oído, al señalar esa especie de cosa reciente y suceso elemental que transmiten las palabras de Miguel Hernández, -¿quién no lo ha oído así alguna vez?-. Al tiempo que esa manera de descubrir el resplandor del lenguaje lo oyó también Hernández en el siglo de oro. No sólo nos ofrece aquí María Zambrano el anclaje de la tradición para situar a Miguel Hernández. Para la pensadora, el Barroco es a España lo que la tradición filosófica a occidente, con la salvedad de que en la literatura se atiende a todo aquello que la filosofía desdeña a favor de la abstracción y del concepto. Aquello que acoge la poesía y la novela. Es por tanto, un modo diferente de relacionarse con lo real.

No se le pasará por alto la importancia de la figura de Ramón Sijé en la vida de Miguel Hernández, “guía” le llamará en otro momento, -y tengamos en cuenta aunque solo sea de pasada, la amplitud que tiene el término en el pensamiento de Zambrano-, y de algún modo parece comprender la postura de Sijé.

Pero el creyente Miguel Hernández se manifestará con toda su amplitud a la hora de la comunión con el hombre, y se presentará de esa forma en que obra y hombre no pueden discernirse:

“No más separación, no más distancia entre el poeta en sentido genérico -creador, hacedor- y el hombre. El Hombre, el Adán anónimo, humillado de siglos, el que padece hambre y sed de justicia y de pan. No más distancia entre Dios y el Hombre latían bajo ello. El comunismo se apareció así para muchos, casi todos los poetas de aquellos tiempos, como el recinto más atrayente como prometedora de inmediato (...) Y luego la tenaza política: o comunismo o fascismo. Y esto último desde Europa se nos echó encima” (Zambrano, 1984, 170).

Este es para Zambrano el momento de “conversión”, de la entrega, pero también el principio de la calcinación y de la extinción. La enfermedad, la fatiga y el desencanto, que fue padeciendo Miguel Hernández a medida que transcurría la guerra, tienen para Zambrano el valor simbólico del desaparece al entregarse, del extinguirse en esa purificación, que nos dice que fue. Mientras, la poesía. “Su última poesía nace como chorro de la fuente del dolor y del amor. Era un creyente y creyó siempre en lo mismo, “en el rayo que no cesa”, en el amor que no acaba”. Así la conversión no es tal, no hay cambio, sólo ampliación del horizonte, no tiene ya la creencia, sino que la creencia le tiene, esa que “fue operando dentro de su ser”.

Ya hemos mencionado que a su regreso de la Unión Soviética, Zambrano se encuentra a un Hernández hermético, enmudecido -dice- “cualquier pregunta hubiera sido inoportuna, ya que la respuesta era él, él mismo a solas con aquello que dentro de sus ser sucedía”.

“No volví a verlo más -dice Zambrano- Más visible y manifiesto ha quedado a través de sus diversas agonías. De prisión en prisión, cerradas las puertas del amparo y del exilio, pasaba ya la raya de aquel Portugal. Las sentencias de muerte emanadas de aquella justicia menos que humana, no se ejecutaban en virtud de intervenciones de fama mundial. Su inexorable ago-

nía –pienso- que había de apurarla gota a gota. Por breve tiempo le fue dado el único lugar de su ser: el hogar con su mujer única y su hijo(...) El lugar, único crisol de donde, aun en ausencia, su palabra nació. Su poesía era ya nacida y naciente (...) Al morir, más que un cuerpo, debía ser un signo” (Zambrano, 1984, 171).

El final de Miguel Hernández tiene para Zambrano la forma de lo puro, una especie de espera en el umbral de la última entrega, del sacrificio.

El texto de María Zambrano tiene, a nuestro juicio, un valor especial, por diversos motivos. Uno de ellos es el evidente valor documental, que no sólo permite mostrar la honda amistad que hubo entre Zambrano y Miguel Hernández, sino que puede ser añadido al “sumario” por el cual, la filosofía de María Zambrano, al buscar unos valores gnoseológicos en la poesía, al defender su estatuto frente a la filosofía, no parte de meras especulaciones teóricas, sino que tiene un anclaje en la realidad del trato, la amistad y una sensibilidad con los poetas y su obra. No podemos extraer aquí todas las consecuencias que esta consideración debería tener para la interpretación filosófica, pero nos conformamos con dejarlas apuntadas.

Por otra, el modo zambraniano, de tratar de “estos asuntos”, es decir, la guerra, la persecución, la muerte evitable. Bajo una mirada integradora y comprensiva, busca siempre la hondura de la persona, del hecho o de la obra, sin que por ello haga concesiones. Su mirada se derrama siempre del lado del sufrimiento y de la intimidad del sufrimiento.

Entre “LA MORADA- amarilla” y “Presencia de Miguel Hernández” median más de cuarenta años. Entre ellos lo que ya sabemos aunque no convenga olvidar: la guerra, el exilio, la cárcel y la muerte. María Zambrano abandonó España el 28 de enero de 1939. Miguel Hernández moría en 1942, pero de aquella “dilecta amistad” –como dice Ramón Pérez Álvarez- María Zambrano fue haciendo acopio de todo cuanto de él pudo ir encontrado. Así se lo dice a aquel paisano de Miguel compañero de prisión en Alicante: Se conoce una carta de María Zambrano a Ramón Pérez Álvarez, quien previamente le debió de dar algunos detalles de la agonía de Miguel Hernández. Presenta indicios de la desconfianza que podían suscitar algunas versiones circulantes, así como dudas e inquietudes. El caso es que la carta muestra la confianza de Zambrano en los testimonios de Pérez Álvarez y por ello merece la pena transcribir algunas partes:

“Fernay- Voltaire, 11 de enero de 1979

Mi buen amigo Ramón Pérez Álvarez:

Recibí ayer (...) su conmovedora carta. Qué interminable agonizar, qué martirio. Si Lorca es el símbolo del poeta asesinado. Miguel lo es del hombre que no podía ser sino poeta, y su agonizar que no acaba recoja como en vaso diáfano el agonizar de todos, de todos ustedes y de nosotros de otra manera. No tengo a mano los libros y revistas en los que he ido leyendo este no poder despegarse de Miguel y sus episodios, algunos de los cuales se nos aparecen oscuros (...) Según un relato, el entierro se verificó en el patio de la prisión, llevado el féretro a hombros por los de



Orihuela y que aquel día se inauguró la banda de música formada por los presos (...) lloro una vez más. La lápida es hermosa. ¿Existe posibilidad de que algún escrito suyo, poema o carta haya sido perdido o traspapelado involuntariamente o deliberadamente bajo el terror inacabable? (...) Tuve ocasión de hablar con el pintor Díaz Caneja que estuvo muy cerca de él en los últimos tiempos de Madrid (...) Según este amigo Miguel se hubiera salvado si sigue en Madrid en casa de una persona que no pudiera suscitar sospecha [¿Aleixandre?] (...) Habiéndome vd. leído sabrá lo que de mí se puede esperar, es decir, la forma de mi memoria (...) Creo que aparece claro su desencanto de la URSS y el sufrimiento que ello le causó. Pero, como digo se sumió en el silencio. Sí, una biografía de Miguel Hernández de su vida tal como fue por él vivida en su contorno sería de dese- ar(...) Vd ahora ha de estar lo bastante maduro para poder dar en forma viva y transparente esa vida suya siempre a Miguel y a todos. (...) Y no es floja y rara hazaña conseguir que aun lo tur- bio, ese lapachero, ese lodazal en que tantos quieren que lo más noble naufrague, se haga visible. Mas...hay que hacerlo ver y sentir (...) Tenía yo el dibujo ardiente cadáver de Miguel. (...) Le envío un cordial saludo –María Zambrano” (Pérez, 2003, 88-89).

La carta nos acerca al sentido que quiso dar María Zambrano a la hora de escribir sobre su amigo. El padecimiento, la integridad del hombre, la voluntad de entrega, de comunión. Todo aquello que sólo puede asumir sin traicionarlo el poeta. El hablar de las cosas, de las personas y de las obras en tanto que experiencia de la intimidad, la más universal.

Un solo comentario añade Pérez Álvarez a la carta de Zambrano: “Me hablaba de los ‘ardientes retratos’ de Miguel muerto. Son esos signos”, recuerde que Zambrano termina su artículo diciendo “Al morir, más que un cuerpo, debía ser un signo”. Al parecer del propio Pérez Álvarez partió la iniciativa de tomarle unos retratos, a falta de poder hacerle una mascarilla mortuoria, no sin riesgo se los hizo José María Torregrosa. “Encendidos” dice Zambrano al verle los ojos abiertos, “signo” al ser su rostro casi su calavera. Signo, también para Zambrano, como aquella huella cuya presencia alude a algo total que esta por descifrarse, cuya presencia es también la señal de una ausencia.

## BIBLIOGRAFÍA

### **Libros**

- FERRIS, José Luis, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
- PÉREZ ÁLVAREZ, Ramón, *Hacia Miguel Hernández*, edición y prólogo de Aitor L. Larrabide y José Luis Zerón Huguet, epílogo de César Moreno, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández- Ediciones Empireuma, 2003.

ZAMBRANO, Maria- ORTEGA y GASSET, José, *Andalucía sueño y verdad*, Sevilla, Biblioteca de Cultura Andaluza, 1984.

**Revista**

*El Gallo Crisis*, nº2 (Virgen de Agosto 1934). Edición facsímil, Orihuela, Excmo. Ayuntamiento de Orihuela, 1973.